

cilidad que los de Cabo Negro, Tãnger no podrá resistir al ataque combinado por mar y tierra.

A las tres y media de la tarde del 18 de febrero ancló en la rada de Tetuan el vapor *Tharsis* procedente de Alicante, y la bandera con escudo que ondeaba á su bordo indicó desde luego que traia algun personaje de distincion. No obstante esa señal de honor no sorprendió á nadie pues desde el dia anterior se sabia ya en el campamento español que debia llegar de un momento á otro la señora duquesa de Tetuan con el general Ustariz. Acompañaban á la señora del general en jefe, el director del Tesoro y seis personas más.

Apenas estuvo el *Tharsis* fondeado en aquellas aguas, se le acercó el *Tarraconense* al cual se trasbordó la duquesa con todo su séquito habiendo momentos antes algunos marineros pasado de un buque al otro la ligera carretela que traia consigo dicha señora.

El *Tarraconense* se dirigió al pequeño muelle de S. Ildefonso, nombre que se ha dado al desembarcadero construido en frente de la Aduana, en donde la duquesa fue recibida al saltar en tierra por el activo general Garcia, jefe de Estado mayor general del ejército. Las músicas colocadas de antemano en el muelle tocaron la marcha Real y todos los presentes prorumpieron en entusiasta vivas á la Reina, á la duquesa, al general en jefe, etc. El general Mackena, ofreciendo entonces su brazo á la esposa del ilustre caudillo del ejército de Africa, la llevó á una elegante habitacion de la Aduana, interin se disponia su carretela. Las músicas se sucedian tocando escogidas piezas y algunas tropas estaban ya tendidas en dos filas hasta fuera de la trinchera.

Preparado ya el carruaje de la duquesa, subió en él despues de haber sido saludada por el general O'Donnell y otros generales que habian acudido con sus Estados mayores. La ilustre viagera se dirigió escoltada de este modo á la ciudad de Tetuan apeandose en su puerta ya bastante entrada la noche. El general de la plaza, don Diego de los Rios, habia tendido las tropas de la guarnicion por las calles, mientras que varios soldados y moros aguardaban á la entrada de la ciudad con hachas y velas encendidas. El general Rios acompañó á la duquesa á la habitacion que tenia preparada desde la mañana, que era la casa del opulento Ersini. Despues de recibir la bienvenida de las diferentes personas del ejército que fueron á visitarla, se quedó sola para descansar de las fatigas de su corta travesia.

El 27 se celebró misa en la plaza de España asistiendo á ella la señora del general que vestia capota blanca, pañoleta de terciopelo negro y un traje de raso verde. Al aparecer el sacerdote, cruzaban la plaza varios judios y un comandante les obligó á quitarse el casquete que suele cubrir su cabeza ó á apartarse de aquel sitio: prefirieron marcharse, aunque escuchaban con gusto nuestras músicas. Segun parece, sus sabios ó sacerdotes les habian prohibido terminantemente prestar oidos á estas amonestaciones, á las cuales al menos por cortesia debieran atender.

Durante la estancia de la duquesa de Tetuan en la plaza de su título, fueron á ofrecerla sus respetos y atenciones las judias de las familias mas ricas y distinguidas de la ciudad. Eran sus nombres; Mesoda Anudara, Chamila Cases, mujer del alcalde hebreo, Levi Cases; Tadmo, pariente; Clara Beniues, notable por su rara belleza; Treja Bensaguen; Jerisa Benguigui; Tadmo Levi; Ester Benguigui; Luna Nahon; Sinja Coen; Treja Benmerji; Ester Bases y Mesodi Caen. Todas ellas se presentaron ataviadas con sus mejores trajes y sus mas ricas alhajas. Una de ellas se dirigió en correcto español al general en jefe, felicitándole y ofreciéndole las simpatias de sus compatriotas. O'Donnell en nombre de la Reina recibió el espontáneo homenaje que le tributaban las mujeres judias.

En la mañana del dia 16 se presentaron al duque de Tetuan los parlamentarios marroquies con objeto de saber las condiciones con que podria tratarse de paces. Los comisionados eran el gobernador de Tãnger, el del Riff, el segundo de Muley-Abbas el secretario de este y otro personaje que hacia de intérprete. Les acompañaba una escolta de infanteria perfectamente armada, y todos iban lujosamente ataviados.

El general en jefe que tenia en su poder las instrucciones del Gabinete de Madrid, les hizo entender que no podria acceder á sus deseos de paz sino bajo las estipulaciones de que tienen ya noticia nuestros lectores. Los comisionados despues de haberlas escuchado con la mayor atencion y recogimiento, dijeron que prestarian todo su concurso y cooperacion cerca del generalísimo de su ejército para que fuesen atendidas en la confianza de alcanzar el restablecimiento de la paz en el imperio.

Habiendo los parlamentarios pernoctado en la ciudad, el general Rios tuvo ocasion de acompañarles para que vieran los recursos y medios con que la España cuenta en esta lucha. Primeramente examinaron el telégrafo eléctrico que se ha establecido

desde la Aduana del Martín, hasta el alojamiento del general. El aparato no les llamó la atención, y se comprende bien, porque su inteligencia no está lo suficientemente ilustrada para que puedan entender y admirar estos grandes adelantos de la civilización. Además, como hijos de un pueblo casi primitivo, no sienten la imperiosa necesidad de vivir años en minutos, digámoslo así, ni arde su sangre con la fiebre que agita á las razas europeas, ávidas de emociones, de cambios, de peripecias, y deseosas no solo de devorar el espacio, sino de escalar el cielo. ¿Que importa á los habitantes de estas montañas ó de los desiertos acercarse antes ó despues al término de su camino? ¿Qué ganan con saber mas ó menos tarde noticias que nada dicen ni á su ambición ni á sus intereses ni á su alma? Bástales para sus caravanas el ágil caballo ó el útil camello; para sus nuevas, la pesada carta que llega á su destino cuando Dios, el mensajero ó los obstáculos de la naturaleza quieren que llegue.

El general Rios les explicó el mecanismo del telégrafo, y les rogó que hicieran una prueba para que viesen la velocidad de este medio de comunicacion; ellos se resistieron primero: pero al cabo, á fuerza de instancias hicieron á la Aduana la siguiente pregunta: «¿Sale algun buque para Gibraltar?» Los empleados de la Aduana contestaron: «Se preguntará,» y al poco tiempo satisficieron cumplidamente la curiosidad de los enviados.

¿No revela el caracter de la pregunta la preocupacion de sus ánimos? Inglaterra que, segun los moros dicen, tiene una gran parte de culpa en la contienda, es siempre su solo pensamiento y tal vez su única esperanza.

Despues de haber visto el telégrafo, el general Rios los condujo al sitio donde se han establecido los hornos de campaña. La vista de estos aparatos les impresionó mas vivamente que la del telégrafo. Estos pueblos solo sienten necesidades materiales: ¿que significan para ellos las necesidades del espíritu? Examinaron los hornos en todas sus faces: frios, caldeados y funcionando. El general les dijo que dentro de media hora tendrian pan para la comida ó el viaje que debian emprender á la siguiente mañana, y entonces uno de ellos exclamó con cierta alegría: «En mi huerta tengo yo un horno que en un cuarto de hora cuece una gallina.»

Como la noche iba acercándose, no pudieron seguir en su escursión, y decidieron encaminarse hácia el alojamiento que se les habia destinado. Pero antes rogaron al general Rios que les

permitiese orar, y con este objeto se dirigieron á la mezquita principal, donde hicieron sus abluciones religiosas, lavándose los pies, las manos y los brazos hasta el codo, hincándose de rodillas y besando repetidas veces el suelo. A la puerta del templo dejaron sus babuchas, segun las prescripciones del rito mahometano.

De noche, despues de haber comido en casa de Ersini el mayor, donde residieron, fueron acompañados del alcalde moro y de Ersini el menor, á quien pertenece la casa en que vive el general, á tomar el café á que este caballero les habia convidado. El primero que penetró en la habitacion, fué el avisado hijo del alcalde vestido con su traje de fiesta, especie de introductor de embajadores, que cumplió su mision con un ¡hola! infantil y gracioso que escitó la risa entre los concurrentes. Detras entraron el gobernador del Riff, grave y severo personaje; su hermano, general de la caballeria marroquí, que habla algo el español y que es de fisonomía franca y abierta; el segundo kabo de Fez, de rostro rudo, de mirada torva, retraido y silencioso como el dolor ó el erimen; un lugar teniente de Muley--Abbas, nervioso, vivo, impresionable, que goza entre sus compatriotas fama de valiente y arriesgado, Ersini y el alcalde malicioso y agudo como el mas ingenioso alcalde de monterilla. Todos llevaban albornoces blancos, menos el segundo kabo de Fez, que le llevaba negro como el color de su espesa barba, y todos se descalzaron cuando estuvieron en presencia del general, que los recibió con marcado cariño y deferencia.

Agrupáronse todos como mejor pudieron al rededor de un brasero, cuya caja puede servir, y sirve de meseta en esta tierra; unos sentados en sillas y banquetas, otros á la oriental, sobre algunos colchoncillos colocados convenientem ente en la habitacion. Conociase que estaban tristes y preocupados; una nube de melancolía cubria como una sombra sus espresivos rostros y de vez en cuando se escapaban de sus pechos hondos suspiros. Veíase asimismo bien á las claras, que hacian esfuerzos supremos para no aparecer á los ojos de los europeos como ignorantes de nuestras costumbres y esto contribuia á que estuviesen cortados y encogidos en nuestra presencia. Pero es tal la fuerza de la dignidad, del orgullo innato en esta raza postrada, mas no envilecida, que ni un solo momento estuvieron en ridículo, como se dice en los países civilizados, donde todo se observa y todo se critica, hasta la demostracion mas sencilla de alegría ó de sorpresa.

El general Rios estuvo con ellos amabilísimo y cariñoso. Ob-

equiólicos con café, bizcochos y dulces, así como también á todos cuantos presenciaban esta escena. Admitian los cumplidos del general con política, pero sin afectacion, y se mostraron muy satisfechos de los elogios que hizo de su valor y de su decision por la causa de la patria. El alcalde les sirvió de intérprete: él les dijo, desempeñando á las mil maravillas su papel, que los españoles tan valientes en el combate, eran generosos despues de la victoria, y que solo deseaban que una paz duradera y sólida reuniese para siempre á dos pueblos que debian ser hermanos, como que solo les separaba un *charco de agua*.

Asi, como quien no tiene intencion, les habló de los recursos con que cuenta España para esta guerra; de los tercios vascongados prontos á llegar; de los batallones que se han reunido en Algeciras; de nuestras naves; de nuestras provisiones; de nuestra artillería; de todo, en fin, cuanto pudiera escitar su curiosidad y su admiracion. El general Rios habia dispuesto que se sirviera un ponche, pero cuando los enviados de Muley-Abbas se preparaban para tomarle, les advirtió que tenia ron; que se lo indicaba porque no sabia si su religion les prohibia el uso de los licores, y no queria que faltasen de ninguna manera á sus prescripciones y creencias. El golpe fué oportunísimo y produjo el mayor efecto; los parlamentarios devolvieron los vasos, dando las gracias al general por su aviso y manifestándose sumamente complacidos de la tolerancia que hacía el culto que profesaban tenían los soldados españoles. El general Rios, hablando del entusiasmo que la guerra producida en España, tuvo ocasion de darles, *nada mas que para que se convencieran*, algunos periódicos, principalmente aquellos que han venido mas apasionados y calorosos con motivo de la toma de Tetuan; periódicos que indudablemente conocerán muy pronto por medio de los renegados los principales personajes del imperio.

Mas ó menos, todos los moros tomaron parte en la conversacion, excepto el segundo kabo de Fez, que no desplegó sus labios, y que permaneció ensimismado hasta el momento de la despedida, que fué cordial y afectuosa. Díjoles el general Rios que ellos podian influir poderosamente para que termináran las desavenencias entre España y Marruecos, á lo cual el lugar-teniente de Muley-Abbas contestó con apasionado acento: «¡Así sea! Pero así como vosotros obedecéis á la Reina, nosotros obedecemos al Sultan. ¡Dios ilumine á los que en sus manos tienen la paz ó la guerra!»

Al marcharse estrecharon con efusion las manos de todos, el kabo de Fez apretó con violencia la del general, cuando al acompañarlos hasta la puerta del salon, les dijo: «¡Quiera el cielo que nuestras manos se encuentren solo en la paz, y no se tiñan con sangre de la guerra!»

Mientras duró el convite, una música estuvo tocando en la puerta de la calle escogidas piezas.

Nos olvidábamos de decir que Ersini se mostró muy conmovido, cuando el general Rios le indicó que el ejército tenia en su poder para devolvérsela, una cartera de su familia que contenia letras por valor de mas de setenta mil duros.

Aun no habria pasado medio cuarto de hora desde que se despidieron del general para volver á su alojamiento, cuando se presentó de nuevo el hermano del gobernador del Riff, el jefe de la caballería, que como se ha dicho habla el castellano, con un saquito de dátiles de regalo. El señor Rios le hizo sentar, y estuvo conversando amistosamente con él hasta las diez y media, hora en que el moro se retiró, marchándose tambien todos los concurrentes complacidos y satisfechos de la entrevista, asi como de la amabilidad y cortesanía del general. El siguiente dia partieron los emisarios para Tánger donde eran aguardados por Muley-Abbas.

Por este tiempo, la espectacion pública era grande en la incertidumbre de la resolucion que podian adoptar los marroquies con vista de las condiciones impuestas por España. Conformes con el juicio de nuestros celosos corresponsales del campamento, abrigábamos poca esperanza de que la paz se llevase á efecto; haciéndonoslo creer así los aprestos continuados en grande escala, las grandes remesas que se hacian al ejército, los refuerzos recibidos aquellos mismos dias y otros mil indicios poco favorables á la creencia de que las estipulaciones pacíficas tuviesen éxito.

Glorioso seria para nuestras armas despues de tan brillante campaña, el ajustar las paces con las condiciones que se dejan indicadas: esas condiciones deben satisfacer al mas exigente y no sabemos que pueda objetarse contra ellas: pero si los moros no creyeran todavía poder dar por perdida una parte de su territorio, y sobre todo, si les arredráran las dificultades de las indemnizaciones en metálico, esperamos confiadamente que el curso sucesivo de las operaciones que no tardarán en empezar, acabará de persuadirlos de que si tuvieron la arrogancia de desafiar el poder de España con agresiones indignas, justo es que sufran la pena de su temeridad y de su orgullo.

La mayor parte de los periódicos insertaron en sus columnas una correspondencia de Tetuan, en la cual su autor refiere una conversacion que sostuvo con el alcalde árabe con motivo de la guerra.

—¿Qué opinas tú de la campaña? le dijo.

—Que no debió empezarse, contestó encendiendo el cigarro que le habia dado.

—¿Pues cómo?

—¡Ah! Yo saber que España estar fuerte y valer mucho. Yo saber que no venir vuestras tropas por dinero, sino por triunfar. Yo conocer que los marroquíes perder todas las guerritas que dar á Vds., y que si querer el gran cristiano toda Barbería será suya.

—¿Y cómo no te opusiste á la guerra ejerciendo tu influencia con los que mandaban en Tetuan, Fez y Tánger?

—¿No oponer yo? Saber tú que ir yo cuando llegásteis á Ceuta, y decir al bajá: cristiano estar en nuestra tierra. Tetuan perdido. Hagamos paz; pero el bajá estar ciego, y creer que los suyos eran muchos.

—¿Y que pasó cuando vió que tenias razon?

—¡Oh! ninguno estar aquí para escuchar á mí: todos huir con Muley-Abbas, y yo tener que defenderme contra las kabilas que estar gente muchísimo bruta y sin conocimiento de las cosas de nuestra gente (clase).

Diciendo esto, uno de los concurrentes anunció que, segun se decia, Muley-Abbas se disponia á defender el paso del Fondak.

—¡Ah! ¡Ah! exclamó la autoridad berberina, Muley-Abbas no tiene fuerzas bastantes. Ser sus soldados de los peores, porque los montañeses y riffeños no estar ya por guerra.

—Pero ahora le han llegado ó espera refuerzos de la provincia del Garb.

—Dudar cristiano mucho de los refuerzos. Muley se engaña porque hacer la guerra sin dinero, y esa gente estar por el dinero. Si vais á Fondak, yo sé que con una guerrita chica los hareis huir, y si no parar, llegareis á Taudja (Tanger) que estar esperandoos.

La retreta vino á cortar el diálogo. Cada cual se despidió de sus amigos, dándose las buenas noches.

CAPÍTULO XXVIII.

Carta del Califa Muley-Abbas al general O' Donnell.—Acude el caudillo español á la cita dada por el moro.—No produce ningun resultado favorable á la paz.—Encontrase España fuerte y prevenida.—Tras nuevos triunfos nuevas exigencias.—Ojeada retrospectiva sobre el imperio de Marruecos.—Nace el periodismo en Tetuan alfin de la primeracampaña de Africa.

Cumple á la rectitud y justificacion de los hechos que venimos esponiendo en este libro, no dejar pasar desapercibido ninguno de los esfuerzos que para el restablecimiento de la paz hicieron los parlamentarios marroquíes despues de la ocupacion de Tetuan por el ejército español. El dia 20 de febrero presentóse el intérprete del jefe de las fuerzas enemigas en dicha ciudad siendo portador de una carta para el general O' Donnell. La comunicacion de Muley-Abbas, curiosa é importante por demás, ha sido traducida fielmente al idioma español y la reproducimos en este sitio para conocimiento de nuestros lectores. Dice así:

«¡Loor á Dios!—Al gran califa del ejército español, el mariscal Excmo. señor don Leopoldo O'Donnell.—Hemos recibido la contestacion á la carta que os remitimos con las condiciones que entregásteis á los comisionados míos que pasaron la noche entre vosotros. Las condiciones las traslado al Emperador, quien las contestará tan luego como las reciba y os remitiré su contestacion, QUE ESPERO SERÁ FAVORABLE—Salud: en 20 de Febrero de 1860.—El califa de Marruecos y del Algarbe, Muley-Abbas.»

Al decir Muley-Abbas que esperaba fuese favorable á la paz la contestacion del Emperador, olvidaba sin duda que el Empera-